

base dolorosamente mistress Needle de las impresiones *papistas* que un hecho tal, clavado en su espíritu tan eficazmente, podría producir; acusábase de ligera é imprudente por haber promovido la conversación contra su propósito; en una palabra, no podía tener paz sino saliendo al día siguiente de Turín.—Dijo á Julia con cierta sequedad:—Mañana por la mañana saldremos en dirección á Génova.—Avergonzándose después de su salida brusca, endulzó la voz, diciendo:—¿Me permites? Iré dentro de poco á tu cuarto, y sabrás por qué: tengo que decirte algo en confianza.

XXI.

DE SILLA Á SILLA.

Invitada la joven á un coloquio tan secreto, con aquella voz entrecortada y temblorosa, en aquella hora, precisamente después del relato de un prodigio que destruía completamente las opiniones de mistress Needle sobre la Eucaristía, no dudó un momento de que debería entrar en nueva disputa, más animada que las anteriores. Esperaba y temía. Ciertamente había quedado por completo roto el hielo en materia de religión, y mucho más presto de lo que hubiera podido figurárselo. Previó á la señora diciendo:—Si no padezco un error, estais conturbada.

—Demasiado, te lo confieso, respondió la Needle.

—¿Y por qué, si es lícito preguntarlo?

—¿No consideras el efecto que aquel discurso puede producir en mis hijos? ¡Ah! ¡Cuánto mejor hubieras hecho dejándolo aparte!

—Ciertamente no deseaba decirlo contra vuestra voluntad.

—¡Oh! Realmente no quería eso.

—Mas reflexionad; nada os he forzado Oid: hoy he ido con Kelerina á la iglesia del *Corpus Domini*, por la curiosidad de ver un monumento que conforta mi fe viva en la real presencia del Salvador entre los hombres; dogma (os hablo, como debo con vos, con el corazón en los labios) para mí más dulce y delicioso que la propia vida. Sencilla como es, y dominada por su devoción, á todo trance quería que os rogase que viniérais á visitar la Iglesia, y no recuerdo qué cosas más. La he respondido con un *no* claro y redondo. La he vedado además decir una palabra, la he reñido, y hasta (cosa que no sé hacer) la he amenazado. Luego habeis venido aquí preguntándome con instancia, habiéndome todos juntos sacado de la boca cuanto habeis querido: ¿que había de hacer yo?

La Needle, que había escuchado á escondidas las charlas de Kelerina con la joven, no podía desconocer la verdad de la disculpa, y respondió lealmente:—Convengo, amiguita, la culpa, si existe, toda es mía y de John... ¡Tiene una cabeza extraña, en verdad! En conversación, como ves tu misma, es un erizo completo: ¡bienaventurado quien le puede hacer despegar los labios! Y hoy, sin saber cómo, cual si un tábano le picase, ha hecho una excursión por el territorio religioso; afirmado en los arzones, ha ido tan lejos, que ya no creía yo verle volver á casa. Con estas frases demostraba mistress Needle que se había olvidado de su parte propia. Julia tenía ganas de añadir: “El tábano se lo habeis puesto vos.” Mas le pareció prudente dar un buen rodeo, y aprovechando aquella coyuntura, dijo:— ¡Todo lo contrario! Si vuestro hijo parece casi estrambótico en ocasiones, es por culpa de la hipocondría que le roe hasta los huesos. Hoy razonaba con gran lógica, y me sorprendía extraordinariamente lo sutil de su dialéctica, que me hubiera hecho pasar graves apuros, á no seguir firme en la silla (á lo menos me lo figuro) con la verdad. Se ve que no lee los libros, sino que los estudia y penetra, convirtiéndolos en

jugo y en sangre. Su índole abstraída, encantada y aturdida, sólo puede provenir de que le preocupa de continuo algún pensamiento. Paréceme que ningún remedio podríais emplear más apropósito para corregir su carácter, que darle ocasión para manifestar sus conceptos, estimularle, compelerle, combatirle y al propio tiempo alentarle. Así no acumularía humor negro, perdiendo la costumbre de ser taciturno. Cierto no tiene mal corazón: habeis visto con qué cortesía me ha contradicho. ¿Es acaso grosero alguna vez con sus hermanitas? ¿Se encoge nunca de espaldas con vos? Estoy segura de que si trabajais con paciencia y longanimidad en torno de aquel enfermo, lograreis un hijo como una perla.

En los ojos de la madre infeliz brillaron lágrimas de ternura, oyendo hablar á la joven con tal amor de su desgraciado primogénito; no pudiendo encubrir su emoción dulce, dijo:—Buena Julia, tú sólo ves flores y rosas en mi familia: temo que mires con el corazón más que con los ojos, y sin embargo, tus frases me producen una impresión que vanamente intentaría explicar. ¿Qué queires que te diga? Yo me desanimé educando á John, y me desespero, mayormente al tener en cuenta que dentro

de un año será licenciado en filosofía y literatura, mayor de edad, y dueño de sí mismo. . . . En el ínterin no logro que mantenga una conversación de cinco minutos; nada le mueve, nada le interesa, y nada le enternece: me rompe la palabra con un *sí* ó un *no*, con quedar hecho una estatua, y con poner los ojos en un sitio cualquiera.

—Hoy, sin embargo, lanzaba fuego, dijo Julia, sin dejarme responder.

—¡Demasiado! Mas no son estas las conversaciones que oírle quisiera. Basta; no hablemos más del asunto. Solamente sabrías tú darle un poco de forma humana, haciéndole hablar de literatura y ciencias. Me consta que te quiere. Me dijo pocos días después de retornar de Cambridge: “Mamá; bien habeis hecho en traer á esta joven. A lo menos, cuando discurre se puede oír; aquella bendita miss Mary razona con los codos, y tiene además una boca de gato rabioso.” Esto, esto me dijo John. Deduzco, por consecuencia, que pues te apreciá, le puedes hacer algún bien.

—Me figuro que poco, muy poco. ¿Qué quereis que pueda con un muchacho que ha hecho sus estudios una joven maestra?

—Pruébalo: tienes donaire; insistió la Needle. Mas por el cielo, una cosa única-

mente te suplico; no suscites cuestiones como la de hoy. Permíteme que te lo diga: estuve como en brasas.

—¿Al principio ó al fin? preguntó Julia.

—Siempre; pero sobre todo cuando contacte la leyenda. ¡Cuánto habré de fatigarme para destruir las impresiones hechas quizás en él y en sus hermanas! Y sin embargo, á lo menos, según mi conciencia, estoy obligada, y *archiobligada*. Quien sabe qué nieblas quedarán esparcidas en su mente! Tienes por demás el arte de hacerte creer.

—Mas, perdonadme, señora, dijo Julia interrumpiéndola. ¿Imagináis que yo he adornado y embellecido de algún modo el hecho con circunstancias inventadas por mí?

—¡Oh! Esto no; mas crees de un modo tan resuelto y obstinado, que tu persuasión viene á ser, por decirlo así, contagiosa.

—¿Quisiérais, pues, que hablase de mi religión tan friamente como de la de Confucio, ó que afirmase como cierta una cosa que no creo?

—Quisiera, contestó mistress Needle, que no creyeras demasiado fácilmente, con peligro de incurrir en error.—

Julia, valiéndose de la benevolencia poco antes conseguida, opuso con fuerza:— ¡Oh! ¿Por qué lo decís con tanta seguridad? Trátase de un hecho acaecido en día claro en presencia de todo un pueblo; con circunstancias que hubiesen abierto los ojos, no ya de un ciego, sino de un difunto; atestigüado hasta nosotros por una multitud de historias, de tradiciones y monumentos irrefragables: si soy crédula, crédulo será quien crea que vivió Alfredo el Grande, que acometió empresas Guillermo el Conquistador y que se dió la batalla de Hastings.

La Needle no dijo entónces nada; sólo después de alguna reflexión procuró salir de aquellas apreturas, añadiendo:—Oye; no me cuido de investigar lo verdadero ni lo falso de tu prodigio. Después de los milagros de Jesús y de sus Apóstoles, todos los demás son supérfluos para mí.

—¿Y si Dios juzgáse algún milagro útil y oportuno? Si Dios los obra, me parece hay que decir que no los reputa inútiles del todo.

—¡Oh! por merced, replicó mistress Needle con alguna viveza: ¿que provecho puede reportar aquel gran milagro tuyo de la Hostia en el aire? ¿Por qué sucedió en Tu-

rín, y no en Londres? ¿Por qué tres siglos atrás, y hoy no?

—Dios sabe por qué, y no está obligado á venir para decírnoslo. Si acaecido hubiese hoy, se podría con igual razón (digo razón para no decir sinrazón) preguntar por qué no antes. Y si hubiese ocurrido en Londres, alguno de Turín podría preguntar: ¿por qué no sucedió aquí? Por lo demás, con respeto á la elección del tiempo y del sitio, aun nosotros podemos traslucir alguna causa.

—Oigámosla.

—¿Os ofendereis?

—¡Considera!

—Se puede imaginar que Turín. . . . Pero no: nunca me perdonaríais mi pensamiento *papista* y *archipapista*.

—Por el contrario, te lo perdono aun antes de que lo manifiestes; la tolerancia es mi virtud predilecta.

—Pues bien, replicó Julia, observad: las novedades calvinistas, contrarias á la presencia real, iban á surgir en breve al otro lado de los Alpes, y hubieran encontrado el terreno pronto á recibir las en el Piamonte, donde los valdenses estaban en lucha con toda la Cristianidad, inclusa Inglaterra:

¿no era propio de la bondad y de la misericordia de Dios robustecer con un prodigio la fe antigua de la ciudad, que hallábase más expuesta naturalmente á las influencias de la nueva prevaricación? ¿No podía Dios, querer así cortar el paso á la herejía, de modo que la Italia, sede del Vicario de Jesucristo, quedase preservada del error que hacía estragos en torno de sus puertas? Lo repito: no alcanzamos los propósitos de Dios; mas hablando según mi religión, no me parecería lo dicho ajeno á la idea que nos formamos de la Divinidad.

—*Se non è vero, e ben trovato*, dijo la Needle sonriendo; y añadió pronto volviendo á su tema:—Mas una cosa es inventar en un instante una respuesta ingeniosa que acredita gran imaginación y corresponde completamente á las pretensiones, ó, si quieres, á las doctrinas de la confesión romana; otra es que yo la pueda tomar por buena. Comprende que no puedo permitir que mis hijos sean fanatizados por tales fantasías y explicaciones, que tu propia llamas archipapistas. Oye, Julia, soy franca; me parece justo dejarte con tu convicción, y que goces de todas sus dulzuras; respeto y aun envidia la serena paz que disfrutas; más en cuanto á mi, no debo ni

quiero, ni puedo consentir que ideas supersticiosas (perdóname esta frase que se ha escapado de mi boca) tomen asiento en mi casa. Haré siempre lo posible para echarlas muy lejos de los míos. Si tu me quieres bien, deja dormir una vez para siempre tus disputas religiosas, cuando en su presencia te halles. Por supuesto, se suspende desde ahora el pensamiento de visitar mañana la iglesia: hallaré una excusa: sería echar aceite en el fuego.

Al oír estas palabras, veía Julia cómo abríase paso el amor propio de la Needle, más que su conciencia, no pudiendo aun haber olvidado que la disputa nació y fué atizada de continuo por su perseverante voluntad; no reputó conveniente, sin embargo, exacerbar su dolor, echándola en rostro las palabras que poco antes había proferido. Su corazón habló más que su mente; por lo que, compadeciendo su triste ceguera, y dejándose dominar por el afecto incontrastable al alma de su querida bienhechora, tomó sus manos, besólas y estrechándolas contra su seno, dijo con una voz semejante á un gemido:—No temais dulce madre mía; no proferiré palabra que turbe la quietud de vuestros hijos; pero . . . ignoro si estoy en un error, quien desco-

nociese le rectitud de vuestras intenciones, creería que teníais miedo de la verdad.—

Mistress Needle, que sintió su mano húmeda por una caliente lágrima de su amiga, y pudo leer en sus ojos el afecto ardiente de que procedía su riguroso reproche, aunque justo, experimentó una mezcla de vergüenza y de remordimiento por su deslealtad. Le sugería el orgullo altanero palabras con que cubrir su derrota; pero ¿cómo reprender á una tan cándida angelita, que, llorando, besaba sus manos? Se hizo á sí misma violencia, y disimuló, respondiendo sin defenderse de la inculpación:—Vamos, tranquilízate; mañana cambiamos de cielo. Génova, con su mar, con su puerto y con sus vistas encantadoras, hará que nos olvidemos de todo.—Y retiróse.

Solo que al retirarse llevaba consigo el dardo.—¡Tienes miedo de la verdad! Julia ha leído en el fondo de mi corazón.—Aquella Hostia resplandeciente, colocada en el aire, vista por un pueblo innumerable, y en pleno mediodía, estaba delante de su espíritu conturbado; las consecuencias del hecho brotaban fáciles é inexorables; aun cuando estuviera cien mil leguas distante de temer convertirse al *papismo*, alcanzaba que no

debía despreciarse la relación de Julia. Procuraba borrar de su espíritu las pruebas aducidas por ella, é inquiría con avidez la forma de ponerlas en duda.—¡Vano intento!—Aquella bendita Julia no es una tonta que crea con facilidad, ni una hipócrita que me quiera seducir.... El hecho sucedió como dice: estas cosas y circunstancias no se inventan.... ¡He sido imprudente! la primera en hurgar en aquel avispero....!—Por estas agitaciones el cansancio la vencía, y mistress Needle cerraba sus ojos al sueño. De repente se despertó con cierto sobresalto: allí estaba Julia, en actitud de señalar con el dedo la Hostia fulgurante y amenazadora, sintiendo, con el beso y la lágrima en su mano, la fiera herida de la frase: “¡Tienes miedo de la verdad!”

Al día siguiente, á buena hora, mientras toda la familia descansaba, mistress Needle dirigióse á la estancia de Julia; abriendo la puerta un poco con mano vacilante, preguntó:—¿Permites?

Julia estaba de rodillas diciendo sus oraciones; reconocida la voz, levantóse, y abrióla precipitadamente de par en par: con rostro claro saludó á su señora, exclamando.

—Buenos días: ¿qué hay de nuevo? ¡Vestida ya para salir!

Y la Needle, como si continuase la conversación de la noche anterior.

—Quiero probarte, bella mía, que no tengo miedo á la verdad. Vístete, llévame á donde quieras, y visitemos la iglesia de que hablaste.

—No tengo interés alguno, contestó Julia; lo que os plazca.

—Sí, sí; lo quiero y lo ansío, á no ser que te disguste acompañarme.

—Os acompañaré con muchísimo gusto con tal que no lo hagais por complacerme.

—No, no; quiero ir por mi gusto.

—¿Vamos solas? preguntó Julia.

—No quiero molestar á las niñas: á esta hora duermen el sueñecillo del oro. En cuanto á John, estoy segura de que ronca como un marmota.

Julia no replicó. Se puso el sombrero y un abrigo de lana, acompañando á la señora con la mejor desenvoltura posible, sin decir palabra de las conversaciones del día precedente. Hizo de *cicerone* con discreción suma. Pero ¡qué sorpresa! Al acercarse á la barandilla que ciñe los mármoles colocados en el sitio del prodigioso acontecimiento, vieron á un joven encorvado

en extremo, y con la cabeza suspendida dentro de la balaustrada, procurando leer la inscripción con el auxilio de un lente.

—¡Es John! exclamó mistress Needle con doloroso estupor.

Era John realmente. La madre se paró de pie á contemplarlo, llenándose de angustia, y temiendo á cada instante que su hijo hiciese algún acto de veneración. Pero no sucedió. John, quieto é impasible, leyó muy tranquilamente la inscripción, sacó de su bolsillo una cartera, y la trascribió con su lápiz; volvió á esconder aquella, y sin demostrar reverencia ó irreverencia, salióse de la iglesia, no viendo á su madre ni á Julia. La pobre mistress Needle no quiso ver más: volvió á su casa llena de cruel aprensión. Preguntó á su hijo en dónde había estado, pues le dijeron que salió muy de madrugada. John respondió:—He ido á fumar un cigarro, y á ver la iglesia de que nos habló miss Julia.

No se atrevió la madre á preguntar más. Julia, sin manifestarlo, se alegró vivamente de la buena semilla sembrada, y esperando verla producir sus frutos alguna vez, hizo como quese había olvidado de las cosas pasadas. Aunque la señora, queriendo hacer ostentación de su seguridad, difirió la

marcha un día, la joven, encargada de dirigir las salidas del placer, no se acercó nuevamente á la iglesia del *Corpus Domini*. Dirigióse más bien por las calles rectas larguísimas, por las plazas y por los jardines; subió al monte al fin de gozar con una sola mirada de la perspectiva de la ciudad, sin detenerse nunca. Alegraba entre tanto á todos con frases indiferentes y lisonjeras. Embebidas las muchachas en tales diversiones, no pensaron ya en el monumento del prodigio. Por la noche no concluía Julia de disertar sobre las cosas bellísimas de Génova y de Florencia. Estaba mistress Needle muy contenta, sin advertir que Julia concedía tregua con objeto de no lastimarla, esperando sólo una buena coyuntura para volver al asalto.

John, después del disparo del día precedente, semejante á un castillo de fuegos artificiales, había vuelto á su natural, siendo parco en palabras, y más aun en admiración para los nuevos espectáculos que se le ponían delante. Con la buena miss Julia, mantenía su actitud ordinaria, cortés, respetuosa y heladísima. Sin embargo, había Julia visto lo necesario para no creer del todo en su frialdad; la oposición que le hizo, tan repentina, tan ardiente, tan osada

y tan fiera, habíale revelado el interior del joven caballero. Maravillábase de hallarlo tan diferente de lo que había temido; lo creía muerto para todo sentimiento de Religión. Su maravilla hubiese sido diez veces más grande á leer en la frente de John el secreto trabajo de su mente, superior acaso á su edad, y tanto más vivo interiormente, cuanto menos señales daba de vida externa. No tardó la joven mucho á tener otras pruebas.

XXII.

UN CUARTO DE HORA EN LA ESTACION
DE ALEJANDRIA

John, después de subir al coche para Génova, se arrojó en uno de los rincones, según costumbre. Echaba de cuando en cuando una mirada distraída en el país circunstante, y se volvía pronto á meter en un ángulo, cerrando los ojos. No fumaba, lo cual iba contra su costumbre frecuente; no leía, y esto iba contra su hábito invariable. Julia se lisonjeaba dulcemente de

que rumiaría su furioso ataque á los milagros, así como las saludables verdades oídas, haciendo alguna útil reflexión. En parte adivinaba, y en parte alejábbase no poco de la verdad.

Nadie conocía enteramente la religión del joven: su propia madre no podía presumir leer más íntimamente en el interior de su hijo que un extraño. Cuando pasaba las vacaciones en familia, recitaba el *Evening prayer*, ó sea la oración de la tarde, con ella y con sus hermanas, diciendo perfectamente las palabras, con claridad y recta pronunciación, pero sin que ningún acento revelase un espíritu devoto ó indevoto: asistía también al oficio, y estaba dignamente, pero nada más: asimismo participaba de la santa Cena, cuando su madre se lo decía, sin oposición y sin celo. Sin embargo, no era indiferente de ningún modo en asunto de religión, ni lo podía ser en una familia donde la biblia y los treinta y nueve artículos de la iglesia anglicana formaban su vida interior, dando movimiento, medida y orden á todas las acciones. Mistress Needle no había sabido infundir la piedad en el corazón de su primogénito, tan suavemente como las madres católicas. Ignoraba las industrias de